

EL LOCO Y LA NIÑA

Mercedes Rein

Un domingo, durante el almuerzo, mi padre habló del asunto. Es decir, intentó hablar, de la manera evasiva y balbuceante que lo caracterizaba. A toda la familia le avergonzaba mi caso aunque fingían no darle importancia. Éramos cuatro alrededor de la mesa. Mi padre, mi hermana, su marido y yo. O sea el Loco. No era un mero sobrenombre gracioso. La familia estaba convencida de que el hijo mayor o sea el Loco, un servidor, que fuera el orgullo y la esperanza de sus padres, se había convertido realmente en un loco, cualquiera sea el sentido que pueda tener esta palabra. Lo pensaban y no sabían qué hacer. Yo también lo pensaba. Pero consultar a un médico era admitir públicamente mi culpa, mi anormalidad o algún vicio inconfesable, que obligara a ingresar en un laberinto de costosos tratamientos con irreversibles consecuencias.

Cuando mi padre decidió hablar, mi hermana y mi cuñado bajaron la cabeza como quien se borra de la conversación. Afuera la lluvia caía monótona sobre el verdor de la quinta, enturbiando los ventanales del viejo comedor. Aún siento en la nariz el hastío de los domingos familiares como un olor a humedad, a dulces caseros y flores marchitas. El pesado bargueño de caoba antigua junto con las sillas apostadas en los rincones con sus altos respaldos erguidos contra la pared, parecían montar guardia, impasibles pero atentos. Nadie pensaba en aliviar un poco la grisura del día, encendiendo la lámpara que colgaba del techo con su desteñida pantalla de seda rosada. Mi hermana y mi cuñado comían en silencio. Mi padre entreveraba los reproches motivados por mi conducta al parecer reprochable, aunque no delirante, aclaro. Se perdía en recuerdos deshilvanados, consejos afectuosos y vagas amenazas. Entre frase y frase sorbía cucharadas de sopa con cierta avidez distraída, un tanto senil. Tenía una pequeña mancha en la solapa de su eterno traje azul. Por lo demás, conservaba su elegancia severa y anticuada, siempre con su corbata negra de viudo irremediable. Al Loco, su padre le inspiraba una mezcla de ternura y repulsión. Sus reproches no lo conmovían. Él debía limitarse a escuchar o, simplemente, guardar silencio pensando en otra cosa. A veces se preguntaba por qué no lo dejaban en paz. Él no se metía con nadie.

¿Por qué ellos se meten conmigo? Seré loco o albergaré un loco en algún lugar de mi cerebro, pero no soy un niño. He vivido toda una vida. Ya me podría morir en vez de convertirme en lo que hoy es mi padre. Pero no quiero que me confundan. No soy un niño tonto. Tampoco soy un loco. El Loco es, debe ser, en realidad, un apodo, una burla, una fantasía. Todos tenemos nuestras fantasías. A mí él se me aparece como esas figuras que transitan por los sueños y que son completamente inofensivas. Más inofensivas que yo, si eso es posible. El Loco es insistente, un tanto fastidioso, quizá. Yo le puse ese nombre por reírme de él y de mí. A veces nos divertimos los dos violando las reglas. Pero yo no estoy desconectado de la realidad. Tengo cuarenta años. Casi nunca me dejo llevar por mis impulsos. Respeto las reglas. Hasta conservaba mi empleo en el banco, hecho que despertaba el asombro de mi familia.

¿Qué clase de empleo? Portero. Portero de un banco. No es un empleo importante. Pero la paga era aceptable. Eso no dejaba de interesarle a la familia, aunque no consolara a mi padre. Él esperaba más de mí. Dicen que en la escuela, en los primeros años, yo demostraba una extraordinaria facilidad para la matemática. Quién sabe. Lo he olvidado. De todos modos, no me molesta ser portero.

Tal vez el banco sea otro sueño que sueño despierto. Como el Loco o la niña vestida de rojo, que también se aparece de vez en cuando. La única garantía de su realidad es que se reitera. Aparece, me mira y no dice nada. Yo tampoco digo nada. No sé qué significa eso.

El incidente ocurrió poco después de quebrar el negocio de mi padre. Tal vez haya sido otro de mis cortocircuitos mentales. Pero empecemos por el principio.

El Loco llegó tambaleándose al amanecer. El Viejo estaba despierto en su cuarto, esperando. Apenas lo sintió entrar se apareció en el primer patio, descalzo sobre la baldosa, con un camisón blanco que dejaba ver sus pantorrillas lastimosas de flacura y vejez.

Borracho, gritó con voz destemplada. Mirá en qué estado venís.

No pudo seguir. Se fue corriendo a su cuarto. El Loco no estaba borracho, eso era una triste excusa del Viejo para justificar el fracaso, lo que él consideraba el fracaso de su hijo.

Esa noche, como tantas otras noches, aunque sólo había tomado una cerveza, me sentía algo mareado, descompuesto. Tal vez por eso me quedé en un sillón, aplastado, incapaz de moverme. Dormité un rato y volvió a aparecer la niña vestida de rojo. Me despertó un alarido agudo, inhumano. Cuando llegué al cuarto, lo encontré en su cama, presa de violentas convulsiones, con el rostro amoratado y echando espuma por la boca.

Mi hermana y mi cuñado se encargaron de atenderlo. Yo permanecí sentado en una silla, sin moverme, mirándolo todo desde un rincón de la habitación. Después el Viejo quedó tranquilo aunque respirando con dificultad. Una contracción le torcía la boca. Los ojos abiertos miraban hacia el techo.

De noche ellos se fueron a dormir y me dejaron solo con él. Como no se movía ni se oía su respiración, pensé que había muerto. En puntas de pie me acerqué a la cama y me aterrorizó ver que levantaba una mano y la movía como pidiendo que me acercara. Me agaché un poco más, contra mi voluntad. Él movía los labios pero no le salía la voz. Solo un olor insoportable, el olor de la muerte, salía de su boca. Me miró como pidiéndome ayuda. ¿Qué podía hacer yo? Si hubiera creído en Dios, le habría pedido que lo dejara morir en paz. Entonces lo sentí murmurar algo. Acerqué el oído, que lo tengo fino, y creí entender que me pedía que rezara. ¿Creía en Dios el Viejo? Nunca se lo pregunté. Ahora me pedía, por favor, que le consiguiera un rosario. ¡Un rosario! Me pedía perdón. No te vayas, tengo miedo, decía. El Loco, de puro mentiroso, le dijo: No te vayas a morir. ¿Qué es morir?, preguntó el Viejo. No supe qué contestar. Volví a mi silla y me quedé dormido. Hubiera deseado matarlo para acabar de una vez, destrozando la casa, ver correr la sangre desatada, libre de este encierro. Pero no hice nada.

Al día siguiente el Loco se fue de la casa. Y yo con él, claro está. Dijo que se sentía culpable y que esperaba que su hermana supiera atender al Viejo. Que no fuera demasiado estricta y le permitiera tomar un vaso de vino con las comidas. Que llamara al médico, solo en caso de extremo dolor o violencia incontrolable de la enfermedad.

Alquilé una pieza en la Ciudad Vieja y seguí yendo a trabajar al banco. El Loco seguía conmigo. Pero lejos de la familia me entendía mejor con él. En el trabajo lo pasaba bien. Tarde o temprano me despedirían. Era previsible. Lógico. Aunque el gerente no se decidía. Me tenía lástima o sabe Dios qué. El Loco no molestaba. Era simpático. En la oficina estaban acostumbrados a él.

Un día me llamó mi cuñado al banco. Mi padre se estaba muriendo. Sin esperar una autorización, el Loco salió corriendo. Nadie se extrañó. Ya estaban acostumbrados a verme salir así.

Desde la puerta del cuarto sentí su respiración rápida y entrecortada. Apenas movía una mano como rascando la sábana. La boca entreabierta descubría el filo de sus dientes superiores, que eran pocos y amarillentos. Los ojos clavados en el techo parecían de vidrio. Apenas le toqué la mano, se le contrajeron las facciones en una mueca de llanto. Una ola de sangre le enrojeció la cabeza dilatándole las venas de la frente. Después se puso

pálido y la frente se le cubrió de sudor. Me clavó una mirada llena de dolor y de desprecio. Me culpaba por ser lo que él me había hecho. Yo, en cambio, no le guardaba rencor. Pensaba que él no lo había hecho a propósito y yo tampoco. O ¿quién sabe? Pero no le dije nada. No le dije que el Loco, en el fondo, lo quería y lo había perdonado.

Al amanecer llegó la muerte tan esperada. El Loco suspiró con alivio y se mandó mudar sin saludar a nadie.

Volvió a su pieza en la Ciudad Vieja. El olor a orín de gato en la escalera le recordó el olor de su padre agonizante.

No volvió al banco. Durante algunos días experimentó la secreta euforia del evadido. Nadie sabía dónde estaba. Se reía en silencio antes de dormirse pensando que no podrían encontrarlo. Pero, a veces, sobre todo al caer la tarde, volvía a dominarlo la furia. Era un perro rabioso dando vueltas durante horas en la pequeña habitación. De pronto se detenía con todos los músculos contraídos y después se dejaba caer en la cama temblando, empapado en sudor. O bien espiaba por la ventana hacia abajo con la temerosa esperanza de ver llegar a alguien.

Por las noches un gato amarillo recorría la calle entre los tarros de basura o caminaba por los pretils de las azoteas. Era un gato viejo y feo, que a veces se detenía en el borde de un perfil arqueando el lomo y mirando hacia la ventana del Loco. La luna perfilaba su figura contra un cielo blancuzco.

Una noche, poco después de ocultarse el sol, golpearon a la puerta de la habitación. Con una calma que a mí mismo me sorprendió, me levanté y fui a abrir. Era la hija de la vecina. Una niña pequeña, que siempre llevaba un vestido rojo y se sentaba en el primer peldaño de la escalera, junto a la puerta de calle, con una muñeca en los brazos. Esta vez no era una muñeca lo que traía. Era el gato. Un gato amarillo, viejo y feo, que ella apenas podía cargar.

¿Qué le pasa?, preguntó el Loco.

Está muerto, dijo la niña. Había una sombra de duda en su voz.

Sí. Está muerto, afirmó el Loco.

Bruscamente la niña arrojó el gato a mis pies y se fue corriendo.

Horas más tarde, bajé la escalera con el gato muerto colgando entre mis manos como un trapo sucio. Lo deposité en una lata de basura junto a la puerta de entrada y me alejé calle abajo, con los puños hundidos en los bolsillos de los pantalones. Caminé silbando entre dientes hasta llegar a la esollera del puerto y allí me quedé largo rato, mirando hacia la oscuridad del agua plomiza, aspirando el aire fresco y salobre de la noche, pensando en el vestidito rojo, la muñeca sonriendo, los ojos de vidrio de mi padre, la niña, el silencio, la soledad.